ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA

LA TROMPETA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

original de

ADOLFO LLANOS

MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1885

LA TROMPETA

LA TROMPETA

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

original de

ADOLFO LLANOS

Representado por primera vez en el Teatro de LARA, en Madrid, el día 23 de Setiembre de 1885.

MADRID: 1885
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE M. P. MONTOYA Y C.ª
Caños, 1

PERSONAJES.	ACTORES.
DOROTEA................	SRAS. VALVERDE.
ELENA...................	» GORRIZ.
PILAR....................	» ROMEA D'ELPÁS.
ARTURO..................	SRES. ROMEA.
CURRITO................	» MANSO.
DON LINO...............	» TAMAYO.

La acción en Madrid.—Epoca actual.

ACTO ÚNICO.

Jardín con casa á la derecha, que tiene puerta y una ventana, ambas practicables. La puerta con tres ó cuatro escalones. Verja de hierro, y reja en la tapia del fondo, también practicables. Bancos, sillas y un velador. En la calle un farol que habrá de encenderse.

ESCENA PRIMERA.

ELENA.—DOROTEA.

ELENA. (A la reja.)
Ha visto usted? Ya no vuelve.
DOR. Sí que vuelve.
ELENA. Las espaldas.
DOR. Pero no importa, sobrina.
ELENA. Qué iniquidad!
DOR. Calma, calma.
Hierve Madrid en galanes
trovadores de las gracias,
y como te dieron tantos
hechizos las tres hermanas,
no han de faltar otros novios
de más peso y mejor cara

que ambicionen tus mercedes
y mendiguen tus palabras.

ELENA. Se va porque yo no quiero
corresponder á sus ansias,
que son harto pedigüeñas
en perjuicio de mi fama.

DOR. Galanes como ese mozo
los hallarás á bandadas;
corsarios de tierra firme,
colmilludos, tarambanas,
matuteros y buscones
que andan á salto de mata,
fatales como la guerra
y ansiosos como la rabia,
pegadizos como el miedo
y sutiles como el agua.

ELENA. Traidor! Porque no soy fácil
se va y me deja plantada.

DOR. Estos son los señoritos
que viven de la sonsaca.

ELENA. Y quieren virtud!

DOR. A ratos.

ELENA. Y quieren amor!

DOR. De ganga.

ELENA. Se quejan si somos buenas,
se irritan si somos malas.
Ay! El despecho me ahoga.

DOR. Otro vendrá.

ELENA. Pues ya tarda.
Yo no sé lo que daría
por uno que me vengara
de Guillermo.

DOR. Han de sobrarte.

ELENA. Ahora mismo me casaba
con cualquiera.

DOR. Más despacio,
sobrina, con más cachaza,
que al fin eres viuda y puedes
aguardar. Quién aguardara
como tú, con ese rostro
que está pidiendo batalla! (Suspira.)
Infeliz de mí, que he sido

adolescente gallarda,
y ya nadie lo diría!

ELENA. Está usted bien conservada.

DOR. Reniego de las conservas
cuando se ponen tan rancias.
Ay Dios! Yo perdí mi suerte.
Qué lástima de casaca
la que me ofreció aquel joven!
Y era de la aristocracia!
Primer pito de palacio.
Y de qué modo pitaba!
(Mientras, Elena muerde el pañuelo y da señales de impaciencia.)
Por dar pasaporte al pito
me he vuelto ciruela pasa;
y ahora que pasar procuro
no logro que pase un alma.

ELENA. La viudez no es un consuelo.

DOR. Puede ser una esperanza;
porque si tuviste gancho
para un hombre...

ELENA. Con desgracia.
Un matrimonio que dura
nada más que tres semanas...

DOR. Pues hija, del lobo un pelo;
y más vale algo que nada.

ELENA. Me casé á fin de Noviembre
para enviudar por la pascua.
Si apenas tuve marido!

DOR. (Suspirando.)
Ese apenas me bastaba.

ELENA. Ya vé usted; el tiempo corre
y la juventud no es larga,
y yo no quiero pasarme.

DOR. Qué pólvora!

ELENA. No; ¡qué infamia
la de ese vil embustero
que me ha engañado! (Llora.)

DOR. Muchacha,
por Dios...

ELENA. Ay! Bien se conoce
que está usted petrificada.

DOR. Pues te equivocas, sobrina;
que yo estoy como Dios manda;
pero tú...

ELENA. Voy á encerrarme
para llorar á mis anchas. (Vase.)

ESCENA II.

DOROTEA.

Tiene gracia y desparpajo;
medio mundo la corteja,
y porque pasa un trabajo
hasta conmigo se enoja.
Qué haré yo, lámina vieja
que llevo un siglo en la reja
sin hallar quién me recoja?
Yo, que tengo tanto antojo
por topar con un pellejo
que quiera guiñarme el ojo,
estoy ya como una aguja
viendo inútil mi manejo,
y sin salir de abadejo
espero llegar á bruja.
Con harta razón me aflijo
y no me quejo por lujo,
pues al ver que me encanijo
y que ya no saco raja,
por más que la geta extrujo,
colijo que en este pujo
me atajará la mortaja.

ESCENA III.

DOROTEA.—DON LINO, que llama por la reja del jardín.

DOR. Quién es?

LINO. Abre, Dorotea.

DOR. Quién llama? (Acercándose á la reja.)

LINO. Estás sorda?

DOR. Lino!

Eres tú?...

(Abre y entra don Lino cojeando. Trae levitón largo, cinta en el ojal y bastón.)

LINO. Según parece.

(La abraza y la da una palmadita en la cara.)

DOR. Cómo estás, querido primo?

LINO. Pues, hija, por lo mediano.
Me tienes hecho un ovillo
con el dolor de costumbre
y en el mismísimo sitio.

DOR. Qué tal por Guadalajara?

LINO. Regular.

DOR. Cuándo has venido?

LINO. Esta tarde. Y cómo andamos
por aquí? (Pasea.)

DOR. Andamos lo mismo.

LINO. Elena?

DOR. Bien.

LINO. No está en casa?

DOR. Sí está.

LINO. Pues la necesito.

DOR. Pilar!... (Llamando.)

LINO. Vengo muy de prisa.

DOR. Como siempre. Qué chiquillo
tan descastado! No escribes;
nos visitas cada siglo...

LINO. Es mi costumbre. Ya sabes (Se para.)
que no visito ni escribo,
y que no busco á las gentes
sino cuando me es preciso.
También cuando ellas me buscan
me encuentran. (Pasea.)

DOR. Justo es decirlo.

LINO. Siempre estoy en mi farmacia.

DOR. Es verdad; como Garrido.

ESCENA IV.

DICHOS.—PILAR.

PIL. (Saliendo por la misma puerta por la que se fue Elena.)
Mande usted?

LINO. Hola, flamenca.
PIL. Cómo está usted, señorito?
LINO. Regular: vamos tirando.
(La abraza del mismo modo que á Dorotea.)
Y tú?
PIL. Siempre á su servicio.
LINO. Ya es tarde.
PIL. Por qué?
LINO. No ejerzo
desde que tomé el retiro.
PIL. Qué bromista!
LINO. Es mi costumbre.
DOR. Dí á Elena que está su tío.
PIL. Voy al momento. (Vase.)

ESCENA V.

DOROTEA.—DON LINO.

DOR. (Mirando á Lino miéntras él pasea.)
(Bien guapo
que se conserva el indino.
A pesar de sus achaques
no deja de ser partido.)
LINO. (Se para.)
No te cases, Dorotea. (Vuelve á pasear.)
DOR. Es un consejo tardío,
pues ya no tengo ni cara
que ofrecer á los maridos.
LINO. (Se para.)
Por casarme vine á Europa,
y conocí á mi sobrino,
un hombre que es un abuso
y que ya me tiene frito. (Pasea.)
A quien Dios no le da un mono
le da Lucifer un mico.
DOR. (Y está muy ágil. No pára.
Si este viudo primerizo
quisiera hacerme dichosa
matrimoniando conmigo...)

ESCENA VI.

DICHOS.—ELENA, que sale enjugándose los ojos con disimulo.

ELENA. Cómo está usted? Tanto bueno
por aca...

LINO. Pimpollo mío!...
Cada vez más retrechera.
(La abraza lo mismo que á Dororea. Mirándola los ojos.)
Qué tienes?

ELENA. Nada; he tenido
un dolor.

LINO. Un dolor? Bueno.
Así lo harás á lo vivo.

ELENA. Qué?

LINO. Tu papel. Pero escucha.
(Se sienta entre las dos. Pausa.)
Estamos en un conflicto;
es decir, lo estoy yo solo,
porque no os toca el maldito
como á mí que soy hermano
de su padre. No me explico?

ELENA. Usted dirá.

LINO. Tú te acuerdas
de Arturo? De aquel sobrino
que os he nombrado mil veces
y no conoceis?

ELENA. } Sí.
DOR. }

LINO. El tipo
más atroz del universo.

ELENA. No estaba en Rusia?

LINO. Un perdido.
Estuvo en quinientas partes,
tuvo seiscientos oficios,
y en poco más de diez años
hizo diez mil desatinos.
Ahora es médico. (Se levanta.)

ELENA. Famoso!

DOR. Este sí que ha recorrido
la escala social.

LINO. (Paseando.) Es joven
que sabe mucho: un prodigio!
Y tiene vergüenza y honra,
pero le falta un tornillo. (Se para.)
Y puede costarle caro. (Se sienta.)
Pues bien; oye: de improviso
se me ha presentado el mozo...
dónde diréis?

ELENA. No adivino...

LINO. En mi antiguo regimiento,
con todos los requisitos.

ELENA. Es decir que sentó plaza
de soldado?

LINO. No; de físico.
Es el doctor, el que cura.
Ya ves en qué compromiso
me pone.

ELENA. Pero, no sabe
curar?

LINO. Lo sabe al dedillo.
Si no supiera, imposible
que le hubiesen admitido;
mas con un hombre tan loco
se tiene el alma en un hilo.
Y como él siga sus bromas
le mandarán á un castillo;
pero si yo fuera el jefe,
le pegaba cuatro tiros. (Se levanta.)
Qué vergüenza si le prenden
en mis narices! Yo digo:
«Qué haré para que se enmiende
y no se malogre el chico?
Pues casarle.» (Se sienta. Pausa.)
Yo recuerdo
que fuí también un castigo,
pues lo que no pudo nadie,
lo alcanzó con sus hechizos
una mujer: mi consorte.
(Saca el pañuelo para enjugarse los ojos.)
Cómo la quise y me quiso!

En fin; ella está en la gloria.
(Se quita el sombrero.)
Y yo también. (Se pone el sombrero.)
La bendigo.
(Echa una bendición.)

LINO. Arturo tiene una prima
que le quiere con delirio.
Ya la conoceis; la Julia.
Pero es más sosa que el limbo.
Vamos, que si no la casan
no se casará... Me explico?
(Pausa.)
De modo que aquí conviene
una mujer de prestigio,
de recursos, de trastienda,
de habilidad y de juicio,
que arregle este casamiento
y salve á Arturo. (Se levanta.)
Y yo he dicho:
«Esta mujer, sí, no hay duda;
»es Elena.»

ELENA. Pero tío,
si yo estoy para casarme
más bien que para...

LINO. Repito
que como tú no lo arregles
no lo arregla ni el obispo. (Se sienta.)
Y... en fin; hablemos en plata.
Sé que te gusta el cortijo
de Córdoba. Será tuyo
si hay matrimonio... Me explico?

DOR. (Aparte á Elena.)
Acepta, mujer, acepta.
Es un regalo magnífico.

ELENA. Aunque me agrada el obsequio,
por interés no me obligo.

LINO. Pues hazlo por amor propio.
Ya verás si te lo pico.
Arturo es un calavera
que sabe mucho, muchísimo.

ELENA. De verdad? Ya me intereso.

LINO. Y se necesita un tino

especial para aguantarle,
pues no le aguanta ni Cristo.
Conque te atreves?

ELENA. Siquiera
por demostrar que no esquivo
la lucha con ese monstruo
que usted me pinta.

LINO. El cortijo
será tuyo. Eres un ángel. (La abraza.)
Lo esperaba.

ELENA. Y de qué arbitrio
nos valdremos?

LINO. Ya está todo
corriente.

ELENA. Sí?

LINO. Mi sobrino
vendrá á tu casa. Le tengo
amansado y decidido
á venir. Sabes? Le dije:
«Mi sobrina está en un grito
»y para que se mejore
»sólo en tu ciencia confío.
»Puedes estar á su lado
»un mes. Conseguí el permiso
»de tu jefe. Si la curas
»te quedaré agradecido.»
Y como él, aunque es tan loco,
me tiene mucho cariño,
aceptó y vendrá mañana
quizá.

DOR. De veras? Dios mío!
Un joven aquí!

LINO Qué importa?
No es mi pariente? Yo afirmo
que su honradez...

ELENA. Quién lo duda?

DOR. Pero si no lo critico.
Mi exclamación era muestra
de cándido regocijo.

LINO. Pues bien, pasado mañana
vendrá Julia.

ELENA. Comprendido.

La instaré á que me acompañe;
se quedará...

LINO. Pues! Y èl primo
luchando con tres mujeres
debe dar en el garlito.

ELENA. Ello dirá. No respondo...

LINO. Como te empeñes, de fijo.
Sé lo que vales, Elena. (La abraza.)
Conque adiós. No me despido
porque volveré esta noche.
Voy á traerle un regalillo. (A Dorotea.)
(Abraza á Dorotea.)
Es mi costumbre.

DOR. Hasta luego. (Vase.)

ESCENA VII.

DOROTEA.—ELENA.

ELENA. Qué cosas tiene don Lino!

DOR. Para recibir al huésped
hay que hacer preparativos.
En qué habitación le pongo?

ELENA. En la del segundo piso.

DOR. Voy á quitar unos trastos
y á tenerle prevenido
el gabinete. Quién sabe
si vendrá pronto. (Dios mío!
Un joven aquí! Qué dicha!
Me va á recordar al Pito.)

ESCENA VIII.

ELENA.

En vieja casamentera
mi orgullo me ha convertido.
No importa; quiero vengarme
de los hombres. Si consigo
domar á ese mequetrefe...

ESCENA IX.

ELENA.—CURRITO, con una maleta.

CUR. (Golpeando la puerta. Habla en andalúz.)
Servidor. Dan su permiso?
ELENA. Quién es?
CUR. Soy yo: tropa armada.
Vive en este domicilio
doña Elena de Gutiérrez?
ELENA. Sí señor. (Abriendo.)
CUR. (Entrando.) Ya dí en el chito.
(Suelta la maleta.)
Gracias á Dios. Qué fatigas
para llegar á este sitio!
En este Madrid moderno
cualquiera pierde el camino.
Yo estuve en Madrid dos veces
el año sesenta y cinco,
pero eran menos las calles
y menos los edificios.
Ahora hay más calles que casas
y todo se vuelven títulos.
El *Chirruca* el *Bisturí*
y el *Paláfos* y el *Morrillo*,
y el San Alifonso el sétimo
y el San Ferdinando el quinto,
y, qué sé yo! Medio mundo
de cadavres y de vivos
que tienen el *ipitafio*
en un azulejo.
ELENA. Amigo,
avise usted cuando acabe
de hablar.
CUR. Este es el principio.
ELENA. Me hace gracia la ocurrencia.
CUR. Pues soy de allí, del Ronquillo.
sevillano, que es el mote
que pone Dios á los niños
si quiere que tengan gracia.

ELENA. (Es muy corto el angelito.)
CUR. Pues, como íbamos diciendo:
aquí estoy porque he venido,
y aquí traigo el *iquipaje*
de mi señor, que es el físico.
ELENA. De don Arturo? (Empieza á oscurecer.)
CUR. Del propio.
ELENA. Ya!
CUR. Va á venir en dos brincos.
Se me atrancó en la tercena
mercando unos cigarrillos.
ELENA. Es usted el asistente
de don Arturo?
CUR. Currito...
servidor; plaza montada,
y trompeta en ejercicio.
Usted me dirá en qué cuarto
se ponen estos avíos. (Los toma.)
ELENA. Por aquí; voy á enseñarle.
(Va á pasar delante de él y él se opone.)
CUR. Con licencia. No permito
que delante de la tropa
vayan paisanos. (Pasa delante.)
ELENA. Qué fino!
(Si el amo se le parece
vamos á estar divertidos.)
(Vase detrás de él por la puerta de la casa.)

ESCENA X.

ARTURO, por la puerta del fondo que quedó abierta. De paisano, con una cinta en el ojal.

ART. Aquí debe ser. (Mira á la puerta.)
Veremos
cómo salgo de este lío.
(Se oye dentro ruido de vajilla rota.)
Hola! Fuego? Me reciben
con salvas.

ESCENA XI.

ARTURO.—CURRO, que sale por donde entró, mirando atrás con asombro.

CUR. Buen destrupicio!
Tropecé con una mesa
llena de chirimbolindos.
Siempre la caballería
va dejando el campo limpio
por donde quiera que pasa.
ART. Qué es eso?
CUR. (Saludando militarmente á su amo.)
No es cosa. Vidrios.
ART. Viven aquí?
CUR. Lo presumo.
ART. Cuántas mujeres has visto?
CUR. Lo menos dos.
ART. No son feas?
CUR. La parte del frontispicio,
que es el punto descubierto
saliente del individuo,
me parece muy hermoso.
Y más mejor el palmito
de la que hace de doncella.
ART. Pues toma el reloj.
(Le da el reloj y el asistente se lo pone.)
CUR. Aviso
á la señora?
ART. Sí; vete.
Y ya sabes.
CUR. Entendido. (Vase Currito.)

ESCENA XII.

ARTURO.

ART. Pues señor.
voy á empezar la campaña

y no es cosa muy extraña
que ya me falte el valor.
Desearía
ser un hombre atrabiliario,
y soy todo lo contrario,
será desgracia la mía?
No ha de ser
cuando pierdo los estribos
al mirar los atractivos
de la más débil mujer?
Virgen santa,
impide que algún demonio
me lleve hasta el matrimonio,
porque San Marcos me espanta.
El amor
vale mucho, mas prefiero
hacer vida de soltero,
porque se vive mejor.

ESCENA XIII.

ARTURO.—ELENA.

ART. (Viendo bajar á Elena.)
(Ya se acerca el enemigo.
Buena figura, buen talle.)
(La mira á hurtadillas. Pausa.)
Vamos á ver si consigo
que me pongan en la calle.
(Quedan cada uno en un extremo.)
ELENA. (Finge no verme. Yo espero.)
ART. (Aunque se muestre benigna
debo mostrarme grosero...
si he de cumplir la consigna.)
ELENA. (Es un hombre singular.)
ART. (Se calla.)
ELENA. (No dice nada.)
ART. (Si tocamos á callar...)
ELENA. (Voy á esperarle sentada.) (Se sienta.)
ART. (El desdén con el desdén.) (Idem.)
ELENA. (Hola!)
ART. (Se muestra impaciente.)

(Pausa.)
(Pues señor, esto va bien;
me porto divinamente.)

ELENA. (No dice esta boca es mía.)

ART. (Voy á quedar por los suelos.)

ELENA. (Ya pasa de grosería.
Quiero cortarle los vuelos.)
Muy buenas tardes. (Con sorna.)

ART. (Bruscamente.) Muy buenas.
(Qué voz tan angelical!
Aquí empezaron las penas.)

ELENA. (Algo es algo. Menos mal.)
(Mirándole con impertinencia.)
Póngase usted el sombrero.

ART. (Ya me sacó los colores)
(Se quita el sombrero y lo tira al suelo.)

ELENA. No tiene usted, caballero,
otros modos?

ART. Sí; peores.

ELENA. Prodiga usted esos modos
á menudo?

ART. Algunas veces.

ELENA. (Y al fin será como todos:
mucho ruido y pocas nueces.)
(Se levanta impaciente y él sigue sentado. Ella se acerca lentamente.)

ART. (Ay, Dios! Pues como ella avance,
voy á tocar retirada.
Me han metido en un buen lance!
Es una broma pesada.)

ELENA. (Acercándose y mirándole, jugando á la vez con el abanico.)
Como usted no se presenta...

ART. (Qué hermosa!) Soy el sobrino...
(Esta mujer me amedrenta!)

ELENA. El sobrino de don Lino?

ART. Eso es.

ELENA. Yo soy la sobrina. (Pausa.)
Debiéramos ser parientes
y no lo somos.

ART. (Limpiándose el sudor.)
(Divina!)

ELENA. Son dos ramas diferentes. (Pausa.)
ART. Es verdad; no hay parentesco. (Se levanta.)
ELENA. (Con cariño.)
Siéntese usted, don Arturo.
Este jardín es muy fresco;
aquí hay un aire muy puro. (Pausa.)
Aquí estará usted mejor.
(Arturo se sienta maquinalmente y Elena se sienta junto á él.)
ART. (Aturdido y hablando con su voz natural.)
Es un sitio muy bonito.
ELENA. Verdad que no hace calor?
ART. Quiá! No señora. (Estoy frito.)
ELENA. (Es guapo)
ART. (Cómo me mira.)
(Saca otra vez el pañuelo.)
ELENA. Quiere usted abanicarse?
ART. (Toma el abanico maquinalmente; se abanica con furia y suspira al tocar la mano de Elena.)
Gracias; mil gracias
ELENA. (Suspira!)
Va usted á descoyuntarse.
(Arturo la devuelve el abanico.)
ART. (No me pescan otra vez.)
ELENA. (Cómo finge el condenado!
Nadie dirá que es un pez ..)
ART. (Pues señor, estoy asado.) (Pausa.)
ELENA. De manera...
ART. De manera...
ELENA. Que...
ART. Que... pues!... (Pausa.)
ELENA. (Ave María!
El será muy calavera,
Pero nadie lo diría.)
ART. Y... qué tal la enfermedad?
ELENA. (Gracias á Dios.) Lo que tengo
es una debilidad
muy grande.
ART. (Ya más brusco.)
Por eso vengo.
ELENA. Qué opina usted? (Pausa.)
ART. Tan de pronto...

Pero en la cura confío.
(Me abraso!) (Pausa.)

ELENA. (Parece tonto!
Querrá burlarse mi tío?)

ART. (Encendiendo un fósforo.)
A ver la lengua? (Qué boca!
Qué dientes! Me han hechizado.)
(Se queda con el fósforo en la mano.)

ELENA. (Este médico me choca.)
Que se quema usted... Cuidado.

ART. (Sacudiendo los dedos.)
Mil gracias. (Pausa. Se chupa el dedo.)
A ver el pulso?
(Qué cutis tan delicioso!)

ELENA. Jesús! Está usted convulso.

ART. Los nervios; soy muy nervioso.

ELENA. (Y este es el hombre corrido!)

ART. La otra mano.

ELENA. (Cómo aprieta!...)

ART. (No hay recurso, me he perdido
si esta mujer sigue quieta.)

ELENA. (Y es buen mozo.) Nota usted
algo malo?

ART. (Tembloroso.) No; muy bueno.

ELENA. Mejor.

ART. (Estoy en la red.)

ELENA. (Cuando digo que el galeno...)

ART. (Dejando la mano.)
(Celestial! Encantadora!)

ELENA. (Mostrándole el brazo.)
Qué notó usted?

ART. (Ay, qué brazo!)
(Sin poderse contener y á punto de arrodillarse ante Elena.)
Lo que yo noto, señora...
(En el momento que va á arrodillarse suena dentro el toque de alto de la corneta de caballería. Arturo se repone en el acto y Elena se sorprende.)

ELENA. Qué ha sido eso?

ART. (Con frialdad.) Un trompetazo.

ELENA. Pero, aquí?

ART. Probablemente.
ELENA. Nadie toca la trompeta
en mi casa.
ART. Es mi asistente
que preludia la retreta. (Pausa.)
ELENA. De modo que...
ART. Pues!...
ELENA. Eh?
ART. Sí. (Pausa)
ELENA. La enfermedad que padezco,
es grave?
ART. Mucho.
ELENA. Ay de mí!
ART. Anemia. Pero yo ofrezco...
ELENA. Doctor, si usted me curara...
ART. Para la anemia, sangrarse.
ELENA. Sangrarse! (Sorprendida.)
ART. (Con prontitud, comprendiendo que ha dicho una atrocidad.)
Yo he dicho para,
no contra. No hay que asombrarse.
Yo me atengo á la Academia.
De modo que la sangría
es buena para la anemia,
pues la desarrollaría.
ELENA. Y contra la anemia? (Acercándose á Arturo.)
ART. (Bravo!
quiere meterme en honduras.)
Contra la anemia, yo alabo
el uso de las unturas.
ELENA. Pero de qué?
ART. De sanícula.
ELENA. En dónde?
ART. Sobre el deltoides,
hasta llenar la clavícula
de ascárides lumbricoides.
Así el hígado segrega
y dá el exófago apoyo.
ELENA. (Este médico es de pega.)
ART. (Va á ponerme en el arroyo.)
ELENA. Aunque parece admirable
la explicación, no la entiendo.

ART. (Ni yo.) Pero es indudable
la cura.

ELENA. Sí; ya voy viendo...

ART. (Qué ojos tiene esta mujer!)

ELENA. Qué busca usted en mis ojos?

ART. Busco...

ELENA. Se puede saber?

ART. (Son ojos que dan antojos.)
Busco... la anemia.

ELENA. Qué? Ya! (Pausa.)

(Empieza á oscurecer.)

ART. Es usted soltera?

ELENA. Viuda.

ART. Pues en la viudez está
la anemia.

ELENA. Cómo?

ART. Sin duda.
Y no hay mejor específico
que un esposo.

ELENA. No me atrevo.

ART. Es un remedio magnífico.

ELENA. Que no me coge de nuevo.
Sufrí una vez el chubasco
y no me causó placeres.
Nos llevamos cada chasco
las pobrecitas mujeres!...
Piensa una encontrar... y nada.
Y si encuentra... es otra cosa.
Y para ser desgraciada,
más vale no ser esposa.
Los hombres están perdidos.

ART. (Me mira con un descaro...)

ELENA. No es verdad?

ART. Pero hay maridos...
y maridos.

ELENA. Sí. (Oscurece cada vez más.)

ART. Pues.

ELENA. Claro.

ART. Se prueba la condición
del hombre...

ELENA. Yo, de casarme,
lo haré así... de sopetón,

y á riesgo de equivocarme.
Porque la que prueba mucho
se equivoca más, y acaba
por dar con un avechucho
que la convierte en esclava.

ART. Luego usted se casaría...

ELENA. Es decir; según y cómo.

ART. Entonces..,

ELENA. Acaso...

ART. (Con entusiasmo.) (Es mía.)

ELENA. No pienso ni por asomo...

ART. (Preparándose á arrodillarse.)
Quizá si un amor vehemente,
incondicional, sincero...
(Suena la trompeta.)

ELENA. Otra vez? (Con enojo.)

ART. (Reponiéndose.)
Es mi asistente.

ELENA. (Vaya con el trompetero!)

ESCENA XIV.

DICHOS.—DOROTEA.

DOR. Ya queda la habitación
bien arreglada.

ELENA. (Levantándose.) Otro día
continuará la sesión.

ART. (Levantándose y saludando á Dorotea.)
A los pies de usted.

ELENA. Mi tía.
(Arturo saluda ceremoniosamente á Dorotea, que le corresponde del mismo modo.)

ART. Servidor.

DOR. Gracias. (Qué hermoso!)

ELENA. Verá usted su cuarto.
(Dirigiéndose á la puerta é indicando á Arturo que la acompañe.)

ART. Vamos.

ELENA. Es alegre, no lujoso.

DOR. Y con placer lo brindamos.

ELENA. Suplirá la voluntad
lo que falte...

ART. Yo adivino
que sobra.

ELENA. Qué?

ART. (Entrando detrás de Elena.)
La bondad.

DOR. (Es un joven superfino.)

ESCENA XV.

DOROTEA. (Ve abierta la verja, la cierra y vuelve al proscenio tropezando en una silla.)

Jesús! No doy pie con bola
desde que hay hombres en casa,
y ápenas me encuentro sola
ya no sé lo que me pasa.
Un hombre! Qué dulce nombre!
Sin hombre no hay vida buena.
Qué gozo, tener un hombre!
No tener hombre, qué pena!

ESCENA XVI.

DOROTEA.—CURRITO, con una trompeta en bandolera.

CUR. (Sin bajar los escalones, mirando al jardín.)
(La criadita es una alhaja,
y se me ha traspapelado.
Aquí hay un bulto.) (Baja.)

DOR. (Quién baja?)

CUR. (Me voy al bulto.)

DOR. (Viendo acercarse á Curro.)
(Qué osado!
Es un ente masculino.
Será el joven.)
(Curro da dos ó tres pasos hacia ella, que se retira. Curro se detiene, y entonces ella da un paso hacia él y se queda quieta volviendo la cara con rubor fingido.)

CUR. Señorita...
DOR. (Qué emoción!)
CUR. (No abre camino.
Me arrimaré una miajita.
(Se acerca á Dorotea hasta tocarla. Dorotea se tapa la cara con un pañuelo y extiende la mano para que Curro la tome. Este la toma y la huele.)
No huele á salsa. Es muy raro.
Será de otro gallinero?)
DOR. (Qué aventura!)
CUR. (Pues no paro.
Yo soy muy aventurero.)
(Besa la mano a Dorotea.)
DOR. (Ay de mí!)
CUR. (Vamos á ver.
Este limón tiene zumo.)
Quién eres?
DOR. (Fingiendo la voz.) Una mujer.
CUR. Eso ya me lo presumo.
Cómo te llamas, tesoro?
DOR. Yo me llamo Dorotea,
que quiere decir: «Te adoro.»
CUR. Pues yo me llamo... jalea.
Chipén! Y si me derrito
soy el pasmo de Sicilia.
DOR. (Así enamoraba el Pito.
Debió ser de esta familia.)
CUR. Y tengo trigo en el arca
y sé ganarlo á destajo.
Mas dime si eres monarca
ó princesa.
DOR. Más abajo.
CUR. Eres alguna sensible
maritornes?
DOR. Más arriba.
CUR. Doncella quizá?
DOR. (Con coquetería.) Es posible.
CUR. Oh, doncella! Fuente viva
de placer! Ciñe á tu cuello,
tejiendo amorosos lazos,
los brazos de este doncello.
(Quiere abrazarla y ella se opone.)

DOR. Alto allá con los abrazos.
CUR. Ingrata, no pongas coto
á este amor recien nacido.
Por qué no has de ser el roto
de este galán descosido?
DOR. (Qué rubor!)
CUR. (Pugnando por abrazarla.)
Cede.
DOR. No cedo.
CUR. Me matas si no me quieres.
DOR. Las manos quietas.
CUR. No puedo.
DOR. Déjame en paz. (Dejándose abrazar.)
CUR. No lo esperes.
Estando aquí este doncel
no han de enterrarte con palma.
DOR. (Ay! Palabritas de miel,
cómo os meteis hasta el alma.)
CUR. Blando está como una breva
mi corazón. Ten piedad.
DOR. (Oh, Dios! A qué dura prueba
expones mi castidad!)
CUR. (Buscándola la cara.)
Mírame, cara de rosa.
DOR. Jamás. (Tapándose con un pañuelo.)
CUR. Sí.
DOR. No lo consiento.
CUR. Enseña la fila, hermosa.
Si la enseñas, al momento
me caso por lo civil.
(En este momento llega el farolero y enciende el farol. La escena se ilumina.)
Destápate, sol. (Dorotea deja caer el pañuelo.)
(Horror!
Apenas es un candil!)
Tapa, tapa por favor.
(Dorotea cree que Curro se lo dice porque le ha causado buen efecto, y á la vez reconoce que es un asistente. Curro la suelta en el acto.)
DOR. (Qué victoria! Y de improviso!
Pero con el asistente!) (Suspira.)
CUR. (Esta casa es un paraíso;

no falta ni la sirpiente.)

DOR. (Qué confuso se ha quedado!)

CUR. (Dí con la suegra. Malhaya
mi suerte!)

DOR. (Oh, Dios! Le he flechado.
La emoción le ha puesto á raya.)
(Curro se tapa la cara con la gorra de cuartel. Dorotea, viendo que él no la hace caso, le mira.)
Galán, tu temor desecha.

CUR. (Se vuelve á mirarla y se tapa de nuevo la cara.)
(Anda y que te pique el Chuchi.
Una ficha de esa fecha
y con esa facha... fuchi!)

DOR. (Reparando en la corneta.)
(Ay! También es filarmónico!
Lo mismo que el Pito.) Dime:
con ese instrumento eufónico,
tocas música sublime?

CUR. (Acordándose de repente.)
Olvidaba la consigna.
(Coge apresuradamente la trompeta y toca. En el mismo momento aparecen Arturo y Elena en la puerta.)

ESCENA XVII.

DICHOS.—ELENA.—ARTURO.

ART. Es tarde. Ya no hay remedio.
(Bajan Elena y Arturo.)

CUR. (Pues me he lucido.)

ART. Ya he dado
palabra de casamiento.
(Tomando la mano de Elena.)
Y no estoy arrepentido,
sino alegre y satisfecho.

ELENA. Esos toques de trompeta,
qué significan?

ART. No debo
negar á mi amada esposa

la clave de este misterio.
Mi corazón es muy débil
y sucumbe al bello sexo.
Toda mujer que me guste
puede vencerme en un verbo.
Temeroso de casarme
con cualquiera y al momento,
cuando estoy entre mujeres
hermosas, á Curro advierto
que cada cinco minutos
me avise, y así refresco
la imaginación y logro
defenderme por más tiempo.
Pero usted... no; tú, mi vida,
vales mucho, y ya no puedo
volver atrás.

ELENA. (Vaya un chasco!
Y yo pensaba haber hecho
una conquista famosa!
El lobo salió cordero.)
(Don Lino llama y Dorotea corre á abrirle la verja.)

ESCENA XVIII.

DICHOS.—DON LINO, con una porción de regalos en las manos y debajo de los brazos. Cajas, envoltorios, etc. Arturo se queda un poco separado.

LINO. (A Elena.)
Aquí te traigo, sobrina,
unos humildes obsequios.

ELENA. Ya los gané, porque Arturo
se casa.

LINO. Tan pronto? Cielos! (Deja caer los regalos que trae en la mano derecha.)
Con razón quise valerme
de tu astucia y de tu ingenio.
Ya te lo dije.

ELENA. Lo malo
es que hay un cambio.

LINO. No entiendo...

ELENA. Que no se casa con Julia;
se casa conmigo.

LINO. Cielos!
(Deja caer lo que lleva en la mano izquierda. Dorotea se ocupa de recoger todo lo que el otro tira y lo va sacando de las cajas.)

ELENA. Quizás á usted no le guste...

LINO. Al contrario; lo celebro.
No ves que tú sabes mucho
y tienes más elementos
para domar á esa fiera?

ELENA. (Aparte á don Lino.)
Qué fiera? Si es un borrego

LINO. Arturo? No le conoces.
Ya, ya le irás conociendo.

ELENA. Pues mírele usted qué manso.
(Se vuelve y deja descubierto á Arturo.)

LINO. Quién es este caballero?

ELENA. Quién ha de ser? Vaya un chiste!
Arturo, mi esposo.

LINO. (Dejando caer todo lo que le queda.)
Cielos!
Si yo no he visto en mi vida
la cara de este sujeto.

CUR. Aquí fué Troya!

ART. Perdonen
ustedes. Soy compañero
y grande amigo de Arturo.
Soy militar y no médico,
capitán de húsares.

LINO. (Saludando militarmente.)
Hola!
Buen arma; excelente cuerpo.

ART. Dijo usted á su sobrino
que viniera aquí.

LINO. Muy cierto.

ART. Y él me pidió que ocupara
su lugar junto al enfermo,
(Señalando á Elena y sonriendo)
recomendándome mucho
que me mostrara grosero
y que hiciera lo posible

á fin de que desde luego
me despidieran, logrando
con este procedimiento
dejar oculta la farsa,
obedecer los deseos
de usted, y evitar á Elena
un disgusto.

ELENA. No comprendo
por qué iba yo á disgustarme.

ART. Por que el galán pedigüeño
que la dejó á usted plantada...

ELENA. Quién?

ART. El llamado Guillermo,
es Arturo.

ELENA. Cómo!

ART. El mismo.

ELENA. Traidor! Con nombre supuesto!

ART. Yo también he sido Arturo
aunque no soy más que Pedro.

LINO. Toma, toma! No decías
que el muchacho era un borrego?

ART. Por amistad lo hice todo;
y si el perdón no merezco,
me iré... dejándome el alma..

ELENA. Quédese usted. (Por despecho
me caso... hasta con don Lino.)

LINO. (Recoje todos los bultos que trajo.)
Elena, perdiste el pleito.
Como vinieron se marchan
el cortijo y los obsequios.
Voy en busca de una esposa
que amanse á ese toro suelto.
Adiós; esta es mi costumbre.

DOR. Vete al demonio, estafermo.
(Váse don Lino con todo lo que trajo.)

ESCENA XIX.

DICHOS menos DON LINO.

CUR. (A Arturo.)
Mi capitan: con licencia...

(Cuadrándose y tomando la corneta.)
Tiramos ya el instrumento?

ELENA. No; porque habrá que tocarle
siempre que vaya don Pedro
á sus negocios.

ART. (Con gravedad.) Descuida.
(Tendrá que tocar muy recio.)

DOR. (Y tú, qué dices? (Aparte á Curro.)

CUR. (Aparte á Dorotea.) Yo? Ni agua.

DOR. Traidor! Sin hombre me quedo.
(Al público.)
El aplauso es masculino:
si me lo dais, me contento.

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta,* calle de Carretas; de *D. Fernando Fé,* Carrera de San Jerónimo; de *D. Antonio de San Martin,* Puerta del Sol; de *D. M. Murillo,* calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado,* y de los *Sres. Córdoba y C.ª,* Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja,* calle de la Paz, y de los *señores Simon y C.ª,* calle de las Infantas.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné,* 15, rue Monsigni, París. PORTUGAL: *D. Juan M. Valle,* Praça de D. Pedro, Lisboa y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior,* rua do Bomjardin, Porto. ITALIA: *Cav. G. Lamperti,* Via Ugo Fóscolo, 5, Milan.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.